

La muchacha de los dedos azules

Marisa Núñez

Mirabel, la muchacha de los dedos azules, escondía en el desván un libro secreto, con una cinta de seda que marcaba siempre la misma página.

De pequeña había tenido un amigo con el que aprendió a soñar en las hojas de un viejo libro de viajes. Entonces, los dos juntos se metían debajo de la cama e imaginaban insólitas aventuras por tierras lejanas.

Un día él tuvo que marcharse. Se despidió con tristeza, como un navegante obligado a abandonar el barco. «Quédate con el libro», le dijo, «y no dejes de soñar con tus dedos azules». Después no supo nada más de él.

Mirabel pensó que los viajes ya no iban a ser como antes y, sin ánimos para abrirlo de nuevo, guardó el libro en el desván... y olvidó.

Pasó el tiempo. Una tarde, Mirabel subió a buscar algún trasto viejo con el que pasar las horas y se fijó en el libro. Enseguida se dio cuenta de que la cinta marcaba la página del misterioso palacio de arena que tantas veces había recorrido con su compañero de aventuras; pero notó algo que le llamó la atención: en un destello de luz tras los cristales, le pareció que la estancia estaba habitada. Y, con el resplandor reflejado en los ojos, empezó a soñar otra vez.

Todos los días, al despertar, Mirabel subía al desván sin hacer ruido y abría el libro *Países y mares*, para que el sol entrara por las ventanas del palacio. En el palacio de arena vivía Saik-Alam; pero a aquellas horas de la mañana todavía dormía. Mirabel vigilaba todos los movimientos de la entrada principal y repiqueteaba suavemente en la puerta: ¡toc-toc-toc...!

Después volvía a cerrar el libro, con la cinta estirada.

«Si Saik quiere salir, no tendrá más que seguir la senda azul para llegar aquí. Cuando desee volver a su palacio, le bastará con caminar otra vez por la senda de seda para no perderse en los países y mares de las otras páginas del libro.» Así pensaba Mirabel, y por eso ponía mucho cuidado en colocar la cinta.

Aunque nunca había estado cerca de él, sabía alguna cosa de Saik-Alam: sabía que tenía los pies grandes, porque había visto alguna vez sus pisadas en el suelo; las manos grandes, porque un día se encontró un guante caído a pie de puerta; la boca grande porque en el vaho de los cristales aparecieron marcados sus labios; y sabía también que le gustaban las flores, porque todas las mañanas una vendedo-

ra esperaba en la puerta de palacio con una cesta llena de ramilletes frescos.

Además de la vendedora de flores, otros comerciantes iban llegando desde todos los rincones del libro para exponer allí sus productos: pañuelos de seda, piedras preciosas, peines decorados a mano, espejos de plata, alfombras, amuletos, hierbas mágicas...

Mirabel exploraba el mercado cercano al palacio, y recorría toda la página acariciando cada uno de los objetos, con sus dedos en flor. Había aprendido de memoria la lista de las mercancías y, cada vez que abría el libro, respiraba hondo para envolverse en las fragancias y recitaba la cantinela de los vendedores.

Una vez, después de llamar a la puerta cerrada del palacio, se detuvo un instante para contemplar el espejo que ofertaba un mercader. «Saik habrá pasado mil veces por aquí —pensó—. ¡Quién pudiera encontrarlo en el fondo de este espejo!

De pronto sintió un escalofrío que le atravesó el cuerpo: el reflejo de sus dedos azules se había quedado atrapado en el espejo de mano. Suspiró emocionada, cerró los ojos, y notó como una lágrima le humedecía la mejilla y salpicaba el libro.

El suspiro de Mirabel se prendió entre las púas de un peine de marfil del viejo comerciante; la lágrima, resbalando por la página, fue a esconderse en una cesta de flores.

Aquella mañana, cuando Saik-Alam salió del palacio de arena, compró flores azules, un espejo y un peine de marfil.

Saik tenía el oído muy fino y, al peinar sus cabellos negros, escuchó un suspiro. Sorprendido, se miró atentamente al espejo y observó con asombro los dedos enguantados que acariciaban el reflejo de su rostro. Después examinó las flores y las comparó con las del espejo. Cortó una: ¡eran idénticas!

La lágrima de Mirabel se deslizó en su pecho, como una gota de rocío. Entonces, Saik-Alam se acercó a la ventana, pensativo, y observó un barco

de nubes que flotaba en el horizonte. En sus ojos también flotaron lágrimas.

El desván estaba en silencio.

Un aleteo de palomas sobresaltó a Mirabel, que se había adormecido sobre el libro.

Junto a la ventana revoloteó una pluma blanca; luego fue planeando hasta posarse. Ella se agachó a recoger la pluma, la envolvió con la cinta desgastada de seda y cerró el libro.

Pasaron los días y el viento no cesaba.

Mirabel no podía conciliar el sueño: pensaba en el libro, la pluma, los países lejanos...

De pronto, sintió batir las contraventanas del desván. Por un instante permaneció inmóvil; luego saltó de la cama con una extraña inquietud y subió, apresurada.

La ventana estaba abierta. Miró por todos lados: no había nadie.

Los papeles se arremolinaban con el viento, y las hojas del libro secreto iban y venían de un país a otro, murmurando como olas de mar.

La cinta de seda había desaparecido.

Delante de ella corrían cumbres nevadas, ciudades con altísimas torres de cristal, mares de hielo, antiguos templos engullidos por selvas impenetrables y bosques de árboles frondosos que no dejaban pasar la luz más que en tenues hilos.

Por fin encontró el palacio: estaba oscuro, más que nunca; una niebla densa apagaba el sonido y empapaba el espacio de sombra y soledad. Allí no vivía nadie.

Buscando alguna señal entre las hojas del libro, Mirabel, en un golpe de viento, atisbó un punto luminoso en medio del océano: a bordo de un velero, un hombre luchaba contra un violento temporal. Era Saik: estaba segura. Vestía una túnica de tafetán y llevaba la cabeza cubierta; pero entre las sombras de la luz de la luna, podía reconocer dos manos grandes y unos pies sobresaliendo de la túnica.

Corrió a encender la luz y cuando volvió a mirar no estaba. Mirabel siguió rastreando en-

tre las páginas; con otra ráfaga de viento, sintió un latido en los dedos, y la misma figura salió de las sombras.

Ahora, Saik-Alam atravesaba el desierto a lomos de un camello. Llevaba un fardo atado a la cintura, una guirnalda de flores y una pluma blanca prendida en el turbante.

Un momento después, en aquella página no había más que arena y un beduino atando a un camello.

Mirabel esperó un rato todavía, pero vencida por el cansancio, sentía que las cosas dejaban de existir, y las imágenes del libro parecían fundirse en gris. Apagó la luz, bajó las escaleras a oscuras y volvió a la cama.

Puesto que la noche había sido intensa, Mirabel no se despertó con los primeros rayos de sol como era habitual, y durmió toda la mañana con sueño profundo.

A mediodía alguien llamó a la puerta del cuarto: ¡toc-toc-toc...! Luego, una manos grandes le taparon el rostro. Ella le tocaba los dedos, pero no era capaz de adivinar quién era.

Cuando el visitante misterioso se descubrió, se levantó de un salto. Le resultaba familiar, aunque no estaba segura; pero aquellos ojos... ¡Su amigo Malako! ¡Hacía tanto que Malakías se había marchado! Ahora tenía los pies grandes, el cabello largo... ¡Parecía que lo habían estirado en todas direcciones!

Malakías se quitó la guirnalda que llevaba al cuello y le colocó una flor en cada dedo.

—Debo de estar soñando— dijo ella—, ¡soñando con mis dedos azules!

Se frotaba los ojos a cada momento, miraba a su amigo y trataba de poner algo de orden en su pensamiento.

Malakías sacó del bolsillo un peine de marfil y se lo ofreció para desenredar sus cabellos.

«¡Despierta», se repetía Mirabel.

Cerró los ojos otra vez intentando borrar el sueño y, al pasar el peine junto a una oreja, sintió un rumor que le acariciaba los pensamientos.

Estuvo un rato con los ojos cerrados. Después los abrió aún más que antes. Malakías se parecía a...

Él rebuscó otra vez en el fardo. Por fin sacó un espejo de mano que llevaba prendida una cinta de seda, pequeña y desgastada.

Mirabel soltó la cinta, la apretó contra el pecho y se miró en el espejo...

Y, en el fondo del reflejo, muy cerca de ella, apareció sonriente la boca grande de Saik-Alam.